



NUM. 20. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 13 DE MAYO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Segun lo mandado á consecuencia del decreto de amnistia de que hablamos en el número anterior, el *Colon* fue puesto á disposicion de los ex-infantes presos en Tortosa, los cuales salieron en direccion á Cete, segun unos, y á Nápoles, segun otros. Periódicos que parecen bien informados de las intenciones de estos dos célebres personajes asi como de otros muchos con ellos enlazados, aseguran que tan luego como tomen tierra en playas extranjeras, reproducirán la renuncia hecha de los que creen sus derechos, con el aditamento y adorno de la de don Juan de Borbon, el otro hermano que quedó en Lóndres y *par dessus le marché* el reconocimiento de la soberanía de su prima la reina de España. Los periódicos á los cuales aludimos se felicitan ya de este resultado previsto por ellos y para ellos indudable, y creen que se hará respecto de don Carlos, don Fernando y don Juan, lo que se ha hecho respecto de su primo y hermano político don Sebastian. Entre tanto algunos diarios extranjeros declaran apócrifa la renuncia que publicamos el domingo último tomada de un órgano semi-oficial, el cual la había recibido de uno de sus corresponsales de Aranjuez, que la había oido leer y tomado de memoria como hubiera hecho el mismo Mangiamele ó el pastor del Escorial. Por mas que la manera de comunicar la noticia al público haya sido un poco extraordinaria, no tenemos la menor duda de que el documento publicado por el órgano semi-oficial es auténtico, y el mismo, sin faltar punto ni coma, que suscribió don Carlos Luis de Borbon en su prision de Tortosa.

Cuéntase que cuando se comunicó á los ex-infantes la noticia de la amnistia y de su consiguiente libertad, don Fernando dijo: *me alegro, pero no me sorprende*,

que es como si hubiera dicho: esa ya me la tenia yo tragada. De Elio dicen que se entusiasmó algo mas y habló del corazon de la reina y del florón de la corona y otras flores. Todos convienen en decir que don Joaquin Elio es un hombre de corazon como otro cualquiera.

Resuelta ya esta cuestion, el público mientras llega la época de la apertura de las córtes, vuelve la vista á los valientes que vienen de Africa. El general Prim llegó hace ocho dias y recibió desde su llegada las felicitaciones de un número público por sus proezas en tierra africana. El miércoles asistió al teatro de Novedades donde tuvo una completa ovacion. La empresa le sirvió un refresco donde hubo brindis entusiastas: el general Prim brindó por la reina y por el duque de Tetuan como lo había hecho ya en Alicante y en los demás puntos donde ha sido obsequiado.

El viernes se dispuso la entrada oficial del ejército, á cuyo efecto el dia anterior se reunieron las tropas en el campamento situado en la dehesa de Amaniel. Allí concurrió y allí durmió en la noche del mismo jueves el general O'Donnell, el cual dió un banquete á los generales y jefes de los diferentes cuerpos. En él se pronunciaron brindis entusiastas, llamando la atencion los del general Prim por la elocuente apoteosis que en todos ellos hizo del duque de Tetuan. La multitud que acudió á visitar el campamento en las veinticuatro horas que estuvo establecido fue inmensa, habiéndose llegado á pagar á 500 reales los mas desvencijados vehiculos. El viernes, «á medida que asomaban por Oriente las primeras tintas del dia, dice un cronista semi-oficial, iba acreciéndose la concurrencia con los infinitos que acudian de Madrid animados del deseo de asistir al toque de Diana. Al romper las bandas, un clamor universal se levantó de todos los ángulos; los que habían respetado el momentáneo regreso de los generales se amontonaron delante de las tiendas, y lo mismo la de O'Donnell, que la de los demás generales se vieron materialmente inundadas de gente.

»Antes de las nueve estaba en Madrid S. M. la reina: media hora despues se presentaba en el campamento en carretela descubierta acompañándola á caballo S. M. el rey con un ayudante, el infante don Sebastian y gran número de generales.

»Tropa y paisanos aclamaban á la reina, mientras cruzaba entre las tiendas acompañada del duque de Tetuan, y si algun viva se oia dirigido al vencedor de Africa, volvía este enojado diciendo: aquí no se victorea sino á la reina.

»No quiso S. M. detenerse á disfrutar del almuerzo que se había preparado: eso sería, exclamó, prolongar demasiado la fiesta; es grande la vuelta que han de dar las tropas y yo no quiero que se les cause molestia.

»Luego que S. M. se hubo retirado á palacio, la tropa comió el primer rancho y un cañonazo dió la señal de batir tiendas. Esta operacion se llevó á cabo instantáneamente. Formadas las tropas en columna, se rompió la marcha, y desde la larga distancia á que la dehesa de Amaniel se halla situada empezó á acumularse el gentío.

»Cuando el general en jefe que iba á la cabeza llegó á la puerta de Atocha, el entusiasmo no conoció límites; cuando pasó por debajo del arco triunfal erigido por el ayuntamiento, los vítores eran inmensos y desde entonces se repitieron mas ardientes por toda la carrera.

»Precedian á las tropas los estudiantes con banderas y los discípulos del Conservatorio cantando el himno de Hernando.

»El órden del desfile era el siguiente:

»Un piquete de Guardia Civil.

»Los heridos, en carretelas abiertas. Sus demacrados semblantes inspiraban interés general. A su paso llovian de los balcones coronas, flores y versos.

»El general en jefe, con el cuartel general.

»Los batallones de cada cuerpo de ejército con sus generales respectivos á la cabeza.

»Echagüe, Prim y Ros fueron objeto de estrepitosas aclamaciones.

»De muchas casas llovian flores, coronas y palomas: de algunas sacaban en bandejas coronas primorosas y las ofrecian á los generales y principales jefes.»

A las seis de la tarde concluyó el desfile. El corneta del regimiento de Borbon, niño de trece años, que viéndose rodeado de moros y subido en un árbol tocó paso de ataque, y consiguió ahuyentarlos y salvarse, iba llevado en hombros sobre una silla, y materialmente cubierto de coronas y flores. Donde quiera que la marcha se detenía, los soldados se encontraban rodeados y objeto de toda clase de obsequios por parte del pueblo. De las casas particulares, de los cafés y fondas, de todas partes se les ofrecian bebidas, refrescos, cigarros; llovian versos, flores, palomas; las señoras desde los balcones agitaban sus pañuelos. Hasta el perro del batallon de Baza que siguió á su amo desde la península á Ceuta y desde Ceuta acompañó á la cuarta compañía á todas las acciones, fue objeto del aplauso y de la simpatía del público.

Pocas veces hemos visto la capital tan animada y tan vestida de fiesta. Son muchas las casas particulares que

se han adornado vistosamente. Las redacciones de los periódicos han competido en la oportunidad y elegancia de los adornos. El Casino establecido en la Carrera de San Gerónimo ha sobresalido por su buen gusto y lo lujoso de su ornato. Por la noche todo Madrid se iluminó; y la Carrera de San Gerónimo estuvo obstruida materialmente de gente hasta hora muy avanzada de la noche, queriendo todos gozar de la hermosa vista de los transparentes que adornaba toda la gran fachada del Casino. Las iluminaciones de la casa de Ayuntamiento y de la Panadería, fueron también de muy buen efecto. El Museo UNIVERSAL se asocia con placer á las felicitaciones que el pueblo unánime y la prensa dirigen al ejército de África, y promete publicar en los números sucesivos las vistas de las escenas que Madrid ha presenciado.

Durante estos dos días los estudiantes han tenido vacaciones: y por cierto que en el curso actual no pueden quejarse los alumnos de que se les haya sobrecargado de trabajo. Entre fiestas reales, fiestas religiosas, fiestas nacionales, toma de Tetuan, paces y entradas triunfales, días de príncipes, reyes y princesas, se ha pasado el año académico perfectamente.

Han sido trasladados al Museo de artillería, los cañones tomados en Tetuan que estaban en la plaza del cuartel de San Gil. Con este motivo repetimos la indicación que cuando vinieron esas piezas tuvimos ocasión de hacer. Debemos regalar á los portugueses el cañón que perteneció al rey don Sebastian, y que es para ellos un precioso recuerdo. Si se trata de fundir esos cañones, el del rey don Sebastian debe ser exceptuado de esta medida; y si se trata de conservarlos, debemos unir á la memoria de nuestro triunfo en Africa, la de la gratitud de nuestros hermanos de Occidente.

¿Será perdida esta indicación? Mucho tememos que sea necesaria una solicitud en forma que constituya cabeza de un expediente, en el cual tengan que informar los diversos cuerpos del Estado. Si así es, declaramos que estamos resueltos á hacer la solicitud, la cual irá concebida en estos términos:

«Excmo. Sr. presidente del Consejo de ministros:

«El que suscribe (ó los que suscriben, si hay alguno que quiera acompañarnos), deseoso de que por parte de la nación española se dé una muestra de fraternidad á la nación portuguesa,

«Suplica á V. E., que, por los medios que el gobierno crea mas oportunos y conducentes al objeto, se sirva disponer sea entregado á los portugueses el cañón que perteneció á su rey don Sebastian, y que con tanta gloria fue reconquistado en Tetuan por las tropas á las órdenes de V. E.—Madrid, etc.—Excmo. Sr.—Y aquí la firma ó firmas.»

Desearíamos que el gobierno tomase la iniciativa en este pequeño asunto, ya que la toma también en otros; pero si no tiene á bien tomarla, la anterior solicitud se espondrá en un sitio público para que la firmen los que gusten, y en seguida será presentada al gobierno. Si despues de esto el gobierno no accede á ella, nos resignaremos como nos hemos resignado á cosas mas graves, quedándonos la satisfacción de haber hecho lo posible por llevar á cabo el pensamiento de que se trata.

Las noticias de Italia son alarmantes. Segun un parte telegráfico de Turin, el general Garibaldi, despues de haber hecho dimision de sus cargos y empleos, ha salido en tres buques de las costas de Cerdeña, y con mil cuatrocientos hombres de desembarco se ha dirigido á las de Sicilia, donde arde todavía el fuego de la insurrección. Esta salida se ha hecho sin conocimiento del rey del Piemonte; pero creemos probable que si por consecuencia de ella la Sicilia pide la agregación á los Estados de Victor Manuel, este monarca se resignará á adquirir la nueva provincia. No obstante, podría suceder que la Inglaterra y la Francia se lo impidieran, en cuyo caso el sufragio universal siciliano se colocaría bajo la protección del pabellon británico.

Entre tanto el general Lamoriciere sigue organizando sus tropas en los Estados Pontificios, donde se han dado *rendez-vous* individuos de todas las naciones. El gobierno francés dicen que ha regalado al Papa treinta mil kilogramos de pólvora, y en compensación ha enviado cincuenta mil al Piemonte, producto de las mismas fábricas. Así unos y otros podrán tirar mejor tirando con pólvora agena, y habrá igualdad en el combate siendo de la misma calidad el misto que dé impulso á los proyectiles.

Despues de la muerte de los teatros de declamación, el público se ha entretenido con los comentarios de la prensa, y los comunicados de algunos actores y actrices. El de la Matilde Diez ha causado ruido: confesamos que no hemos tenido la curiosidad de leerlo. Dicen que trata mal á los escritores, porque no la han gustado ciertas censuras. Si es verdad, los escritores deben estar inconsolables.

En la Zarzuela se han representado con aplauso las *Memorias de un Estudiante*. Buenos versos, alegre música: el autor señor Picon ha elegido un buen argumento, del cual podría haber sacado mayor partido. El señor Picon es estudioso y de ingenio, y promete mucho mas de lo que nos ha dado hasta ahora.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

NUEVAS CARTAS MARRUECAS (1).

(CONTINUACION.)

VII.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

En nombre de Dios clemente y misericordioso.—Sosten de los débiles, amparo de los afligidos, galardón de los buenos, azote de los malvados: tú solo eres poderoso y eterno.

Esta carta escribe Abd-el-Motalleb á su hermano Abdallah-Ben-Solul desde tierra de cristianos.

Hermano mio, mis heridas ya han desaparecido y resignado mi ánimo recorro con placer los lugares en donde vivieron nuestros antepasados.—En todas partes recuerdos, en todas partes la mano del tiempo permite todavía ver lo que hizo quinientos años atrás la mano del árabe.

¿Qué mas te diré? Hasta en el lenguaje castellano, para mí ya algun tanto comprensivo, halló á cada paso recuerdos de mi raza.—Serian infinitas las palabras que podría citarte como procedentes de nuestro idioma.—Las mas usuales tienen esa procedencia. Obsérvalas sino, por ejemplo en *batalla, barril, barrena, atalaya, arroz, cántaro, ganado, carta, cerrojo, dardo, establo, hembra, jubon, sarao, tahona, boda, beso, garbo, falúa* y otras mil que pudiera citarte.

¿Qué dirian, por ejemplo, las damas españolas aficionadas en extremo al *gato*, animal casero muy apreciado en España, si supieran que su nombre es puramente árabe? Lo mismo sucede con el nombre de la *naranja* y otras diversas frutas á cual mas apetecibles y sabrosas.

Pero de otro asunto te hablaré ahora del cual tu puedes tener conocimiento por la lectura del Koran, y que sin embargo ha pasado desapercibido para las demas naciones.—Y para que veas cuan cierto es, te diré que lo han observado algunos arabistas españoles y para ser exacto en el relato reproduciré sus mismas palabras (2).

«El Koran está lleno de preceptos que obligan al musulmán á creer en los principalísimos dogmas de la religión cristiana.

La sura 5.^a dice en el versículo 77:—«¡Oh familiares del libro! no os fundeis en cosa alguna hasta que observeis el *Pentateuco* y el *Evangelio*.»

Luego deben creer los mahometanos en las Sagradas Escrituras. De tal modo les obliga su ley á creer en ellas, que de no hacerlo así se condenan: consta de los versículos 149, 150 y 151 de la sura 4.^a

«Porque á la verdad los que no creen en Dios, ni en sus legados, y quieren poner division entre Dios y los apóstoles, diciendo: creemos en algunas cosas de las que estos dijeron, y no en otras, y quieren poner limitación de este modo, estos son verdaderamente infieles; y ya tenemos para estos dispuesta pena durísima.»

Están asimismo obligados á consultar con los cristianos los asuntos ó materias dudosas de su religión: la sura 10.^a lo manda en el versículo 93.

«Y si dudas de lo que te enviamos (tocante á las historias de Moises, Abraham, Isaac, Jacob, etc.), consulta con los que leyeron el *Pentateuco* antes que tú.»

Deben creer en Jesucristo como verdadero hijo de Dios. Lo manda la sura 4.^a, versículo 169. Lo mismo sucede acerca del Espíritu Santo:

«Y dimos á Jesus hijo de María señales evidentes, y lo confirmamos con el Espíritu Santo» (Sura 2.^a, versículo 87) (3).

El Koran habla de María Santísima con el mayor respeto y decoro dice que su Santa Madre la ofreció á Dios al concebirla espontáneamente y que el Señor la recibió con benignidad: que al parirla impúsola el nombre de María y suplicó al Señor la libertase del demonio apedreado (4) (sura 3.^a, versículos 35, 36 y 37). Que conservó su virginidad: que el Señor la hizo Pura y que la escogió entre todas las mujeres del mundo; finalmente, que los ángeles la anunciaron el Verbo de Dios, siendo su nombre Cristo, Hijo de María, de sublime dignidad en este y en el otro mundo (sura 66, versículo 12; sura 3.^a, versículo 42 y 43).

(1) Véase el número 17 del Museo UNIVERSAL del corriente año.

(2) Ensayos sobre la gramática y poética de los árabes que ofrecen al público examen el padre fray Patricio de la Torre y don Miguel García Asensio.—Madrid, 1787.—En la imprenta de don Antonio de Sancho; págs. 77.

(3) «Luego creyendo estas gentes infelices en Dios, y debiendo creer en Jesucristo, como hijo suyo, y en el Espíritu Santo, han de creer precisamente en el Sacro-Santo misterio de la Santísima Trinidad. El sapientísimo Rawio tiene por cosa fácil la conversión de los musulmanes, fundado en estos dogmas del Koran, y en otros muchos que omito por no ser molesto.»—Ensayos sobre la gramática y poética de los árabes que ofrecen al público examen el padre fray Patricio de la Torre y don Miguel García Asensio.—Madrid, 1787.—En la imprenta de don Antonio de Sancho; págs. 78 y 79.

(4) «Crean los mahometanos que al nacer el hombre le toca en el lado el demonio, y que les imprime el pecado original al tocarle. Dos célebres doctores é intérpretes de la ley islamítica (Gelal y Cottada), explican este pasaje Koránico como sigue. El demonio hierre en el lado á todos los descendientes de Adán al tiempo de nacer. María y su hijo Jesus se libraron de esta herida, (¡oh admirable testimonio de la Inmaculada Concepción de María Santísima!), porque interpuso Dios un velo entre esta Señora y el demonio para que no la hiriese. Gelal añade, que siempre fue de esta opinión Mahoma.»

(Autores citados.)

VIII.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

Ya que me he valido de unos arabistas españoles, para esponer las noticias de la carta anterior, con el objeto de no parecer sospechoso á los cristianos, con el diereen verla; del mismo modo voy á reproducir lo que los mencionados arabistas han dicho acerca del tiempo y del modo como restauraron los árabes las ciencias.

«A mediados del octavo siglo, cuando el Asia, el Africa, la Europa toda estaba sumergida en la ignorancia; cuando apenas habia vestigios de literatura entre los hombres, nacieron en el Oriente Abdel Raxman Ben Moabia y Harun Errasid: este para ser emperador en el Asia de cuantos dominios poseian en ella los árabes, y aquel para serlo en España por los casos mas raros que cuentan las historias, y ambos para restaurar las ciencias, como veremos.

Harun ascendió al califado el año de la Egira 170, y apenas se vió tranquilo de los cuidados de la guerra, pensó en civilizar sus pueblos para quitarles, si fuese posible, aquella ferocidad que traen consigo las armas, y con la que estaban ya connaturalizados: ninguna cosa le pareció mas del intento para esta empresa, que inspirarles el buen gusto de las letras. Este califa, que naturalmente era estudioso, y deseaba que todos le imitasen, fue el primero que echó los cimientos de las artes y ciencias en su imperio; para cuyo fin, y para llevar adelante el proyecto que habia ideado de civilizar y de instruir á sus vasallos, gastó sumas inmensas, ya en atraer á su reino todos los sabios de quienes tuvo noticias, ya en fundar colegios, dotar cátedras, formar bibliotecas, y finalmente en traducir al árabe las mejores obras griegas y latinas de aquellos hombres que en otro tiempo fueron el pismo de Roma y de Atenas. Durante su reinado fue la primera vez que aparecieron traducidas en árabe la Iliada y la Odisea de Homero. No se contentó este magnánimo príncipe con que se tradugesen las obras mencionadas; mandó hacer copias de todas ellas, y las repartió gratuitamente por todos sus pueblos á fin de que sin dispendio se instruyesen sus vasallos. Tal era el ansia que tenia de aprender, que en tiempo de paz iba á los colegios, entraba en las aulas, y se detenía á oír explicar las doctrinas y lecciones como si fuera un particular. Cuando iba á campaña llevaba consigo cierto número de sabios para tratar con ellos los instantes que le dejaban libre los afanes de la guerra: su afabilidad con los súbditos, su trato familiar con los literatos, su asidua aplicación á las letras, el premiar, honrar y distinguir á los maestros y discípulos produjeron los efectos á que aspiraba. En poquísimo tiempo pasaron los tesoros literarios de la Italia y de la Grecia á su corte: entre sus cortesanos reinaba la emulacion de la literatura, y salieron de ellos hombres tan eminentes, que han tenido la mayor reputacion. Harun tuvo el lauro de empezar esta obra; pero no fue quien la condujo á su mayor altura ó quien la perfeccionó: estaba reservada esta gloria para su hijo Abul-Abas El Mamun.

Este príncipe que habia sido educado en todas las ciencias por su mismo padre, y por los maestros mas sobresalientes de su reino, pero en particular por Abul Asam, amó y respetó la virtud, fue protector de los sabios y de los hombres de honor. Los establecimientos de Harun, que habian decaido en el califado de su hermano Amin, tomaron mas vigor en su reinado, y llegaron las ciencias á tal elevacion por el conato que tuvo en promoverlas, que han hecho inmortal su nombre. Para lograr esta empresa siguió las huellas de su padre. Buscó hombres sabios, edificó escuelas públicas con magníficas habitaciones para los maestros. Fundó una academia de ciencias donde los doctos conferenciaban los puntos mas delicados de la literatura: premiaba prodigamente á los literatos, tratando familiarmente con ellos: llamábalos maestros del alma y preceptores del espíritu humano. Decía con frecuencia que estos hombres eran privilegiados del cielo, y que habian nacido para ser luz de las naciones, y para disipar las tinieblas de la ignorancia, que es la madre de la barbarie y de la ferocidad. No se desdenaba (al ejemplo de su padre) de ir á las academias, entrar en las aulas, sentarse entre los discípulos, oír explicar las lecciones, resolver dudas y proponer dificultades. Para confirmar el ansia que tenia de saber, y el aprecio que hacia de los sabios, se me licito referir un hecho que no tiene ejemplar en las historias.

Aunque era grande la afición de este monarca á todo género de literatura, hacia no obstante un singular aprecio de las matemáticas, donde hallaba todas sus delicias; pero no habia en su reino quien se las enseñase con toda aquella perfeccion que deseaba. En estas circunstancias, presentáronle un jóven esclavo griego de nacion, é instruido en ellas suficientemente. Mándale dar libertad al punto, asignándole un estipendio que le bastase para vivir con toda comodidad y para presentarse en la corte con decencia. Empieza el monarca á estudiar bajo su direccion; admira en tan corta edad tanta pericia, y preguntándole en una ocasion quién habia sido su maestro, respondió el jóven, que Leon, obispo de Tesalónica, el mayor filósofo y matemático del siglo; el cual vivia en

Co
Ma
ob
añ
dos
des
atr
esp
pre
no
Ma
cor
ob
tan
fin
en
«b
«pe
«ru
«ap
«nc
«re
«co
«co
«de
«do
«hac
«en
«V
«con
«mul
«caci
«letr
«hizo
«sabe
«me
«lleg
«nate
«entr
«unos
«dies
«el p
«nific
«hac
«nos
«L
«de s
«en t
«fame
«Alfa
«Ptol
«tan
«sus
«lot,
«Eber
«ducc
«genu
«Saxe
«riaco
«al ár
«artes
«que
«de lo
«los á
«To
«tiemp
«Orien
«leyer
«quier
«zaror
«de O
«litera
«ignor
«Raxm
«la lite
«Des
«propu
«y ven
«el tro
«Asia,
«tanc
«Y e
«á nue
«nos h
«man
«era u
«ingen
«tras.
«De
«tables
«y tan
«afirma
«trecci
«Córdo
«de su
«obras
«la arqu
«Cult
«tria, f

Constantinopla infelizmente, porque el emperador Miguel le habia depuesto de su obispado, por no haber obedecido el decreto contra el culto de las imágenes; añadiendo, que se mantenía de dar lecciones en estos dos ramos de literatura. Quedó penetrado Mamun de la desgraciada suerte de Leon, y formó el designio de atraerle á su córte, escribiéndole con las mas afectuosas expresiones. Llega á noticia del emperador Miguel la pretension del califa, y manda espresamente á Leon que no salga de su reino, dejando frustradas las ideas de Mamun. La repugnancia de Miguel agita mas y mas su corazón; entabla una correspondencia literaria con el obispo; no puede ya vivir sin verle; intenta pasar á Constantinopla, mas su dignidad y vasallos se lo impiden: finalmente escribe al emperador una carta concebida en estos términos:

«Mamun el Máximo, emperador y príncipe de los árabes, á Miguel emperador de los cristianos.

«Había determinado visitaros como amigo; pero no permitiendo mis vasallos que logre esta satisfacción, os ruego me envíes al sabio filósofo Leon, para que pueda aprovecharme de sus talentos en el estudio de las ciencias que tanto estimo. No os detenga la diversidad de religión, porque os hago la súplica en amistad: si me concedéis este gusto haré la paz mas firme y perpétua con vos, y os daré mil *Bezans* de oro para subsanaros de los gastos hechos en la última guerra.»

¿Puede acaso ponderarse un hecho semejante ejecutado en los siglos del error y de la ignorancia? ¿Pudiera hacerse mas en estos siglos que llamamos ilustrados, y en los que tanto se abulta el premio de las letras?

Vióse pues en la córte de este príncipe un numeroso concurso de sabios; unos llamados por él, y otros estimulados de sus mercedes y honores: el trato y comunicación con ellos suscitó en los cortesanos el gusto de las letras de tal modo, que la capital de los musulmanes se hizo una escuela pública donde reinaba la emulación del saber. La metafísica, la moral, la política, la física, la medicina, las matemáticas, y todas las demás ciencias llegaron á ser el principal objeto del califa, de los magnates de su córte, y de todos sus vasallos, que podían entregarse al estudio. Gastó sumas inmensas en edificios; unos servían de públicas bibliotecas, para que todos pudiesen disfrutar estos tesoros; otros eran destinados para el progreso de ciertas ciencias particulares, con un magnífico observatorio, en donde los astrónomos pudiesen hacer sus observaciones, sin que en él se echase de menos cosa que fuese útil para este estudio.

Logró este príncipe la satisfacción de coger los frutos de sus trabajos: vió florecer en sus dias hombres ilustres en todo género de literatura; tales fueron Abas de Meru, famoso calculador, Mahomed Eben Cotair, conocido por Alfargani, célebre astrónomo y rectificador de las tablas Ptolemaicas, Jacobo Ben Isak Elcandi, y Abu Naser, tan sabios en la astronomía que admiraron á todos con sus predicciones, que á ser ciertas, como refiere Herbelot, son pruebas convincentes de su profundo saber. Eben Batrik, médico insigne, tan fidedigno en la traducción de los libros médicos, como feliz en darles su genuino sentido. Fueron tambien de su tiempo el célebre Saxe Eben Sabur, y los insignes Baktisnas que del syriaco y del griego tradujeron muchas obras de medicina al árabe. Finalmente, supo este príncipe establecer las artes y ciencias en sus dilatados dominios con tal solidez, que no solamente se mantuvieron en ellos con aprecio de los monarcas sucesivos, sino que tambien le imitaron los árabes que dominaban en el Africa.

Todos los historiadores orientales están acordes en el tiempo y modo del restablecimiento de las ciencias en el Oriente: algunos europeos refieren lo mismo, porque lo leyeron en Abulfaragió, ó Pocock; pero no encuentro quien diga que los árabes domiciliados en España empezaron á cultivar las artes y ciencias con antelación á los de Oriente. Esto consiste sin duda, ó en que las glorias literarias de España se callan con malicia, ó en que se ignoran, que es lo mas cierto. El magnánimo Ab del Raxman Ben Meruan, fue quien echó los cimientos de la literatura, y de las artes en esta península.

Desde el punto que subió al trono este príncipe, se propuso ilustrar sus pueblos. Ni la precision de combatir y vencer á cuantos enemigos le impedían el afirmarse en el trono; ni la mira de estender sus conquistas hasta la Asia, bastaron á separarle de un objeto de tanta importancia.

Y como deseamos naturalmente los hombres conducir á nuestros semejantes por aquellas mismas sendas que nos han llevado nuestras pasiones; las de Ab del Raxman se dirigian á formar valerosos capitanes, porque era un gran soldado; buenos artistas, por ser artífice ingenioso; y letrados excelentes, porque amaba las letras.

De su valor y pericia militar, son pruebas incontrastables haberse adquirido una corona, á pesar de tantos y tan poderosos enemigos que se le opusieron, y haberse afirmado en el trono con tanta solidez, que le poseyeron trescientos años sus sucesores. La famosa mezquita de Córdoba (hoy catedral) delineada de su mano, y lo mas de su fábrica dirigida por él mismo (sin contar otras obras admirables), acreditan el buen gusto que tenia en la arquitectura.

Cultivó este príncipe las ciencias en Damasco su patria, fue excelente orador é insigne poeta. Los ratos que

le quedaban libres del gobierno político de su reino, y de los trabajos de la guerra los dedicaba al estudio y al trato con gentes sabias. Reinó treinta y tres años, y señaló sucesor del trono á su tercer hijo Haxam por sus revelantes prendas, que fueron iguales (cuando no mayores) á las de su esclarecido padre.

Reinó este monarca ocho años escasos: fue temido de sus enemigos, y respetado de sus iguales. Estendió sus dominios, protegió las ciencias, favoreció á las artes; y la arquitectura era entre todas la que mas apreciaba. El puente de Córdoba que hoy subsiste, es obra suya; y concluyó la mezquita que empezó su padre. En una palabra, florecieron las ciencias bajo la protección de estos dos monarcas en tanto grado, que á principios del siglo X escribió Mohamed Ben Haet seis tomos de los juristas é historiadores ilustres de España; Haxmed Ben Said, la historia de los hombres eminentes en todo género de literatura, y Mahomed Ben Haxam la de los excelentes poetas. Estos rápidos progresos literarios que en tan poco tiempo hicieron los árabes españoles, se fueron aumentando bajo la protección de los sucesivos monarcas; pero Abul-Abas el Xakim (segundo de este nombre), tomó el empeño de dar el mayor lustre á las ciencias.

Estaba este príncipe instruido en todo género de literatura, y apreciaba en extremo la jurisprudencia. Cuantos libros leía, tantos ilustraba con notas de su propia mano. No son numerables los crecidos gastos que hizo este monarca para atraer del Oriente sabios maestros que instruyesen á sus vasallos, y en la compra de libros que buscó por todas partes á todo precio. Formó aquella pasmosa biblioteca que constaba de seiscientos mil volúmenes, segun los historiadores de aquel siglo. Fundó la célebre academia de Córdoba, y otras muchas por el reino, dotándolas á todas con particulares bibliotecas y rentas suficientes para su conservación. Abi Beker Mohamed Ben Kair escribió el año 520 de la Egipta (1127 de Jesu-Cristo), un tratado particular de setenta bibliotecas que había repartidas por varias ciudades de España.

Si quisiera referir los hombres sabios en todo género de literatura que ha pro-lucido nuestro suelo en tiempo de los árabes, seria molestar á mis lectores, y acaso hacerme sospechoso: desengañese sobre este punto el incrédulo, ó dudoso leyendo la biblioteca hispano-árabiga-escurialense. Y no fueron solamente las ciencias las que hicieron inmortal el nombre de este monarca. El comercio y las artes, que protegió hasta lo sumo, y se adelantaron en su tiempo, contribuyeron á ensalzarle.

Los califas omiades de España tuvieron la política de adquirirse y conservarse la amistad de los emperadores de la Grecia. Todos sus puertos estaban abiertos para sus vasallos, los cuales hacían un comercio muy considerable. La seda, el aceite, el azúcar, una especie de cochinita que se criaba en España, el azogue, el hierro, el ambar gris, la piedra imán, la marquesita, el talco, el cristal de roca, la tucia, el azafran, el coral que se pescaba en la costa de Andalucía, el rubí que se extraía de dos minas famosas que había en Málaga y en Béjar, las estofas exquisitas que se fabricaban de seda en Granada y en Baza, y las de estambre en Murcia: todas estas producciones, estas manufacturas que eran del país, las llevaban nuestros árabes al Egipto y al Oriente; circulaban por el Africa toda, y volvían cargados á España con los géneros de aquellas remotas regiones. Las armas fabricadas en nuestra península por aquellos tiempos eran muy estimadas y apetecidas de todos, especialmente de los africanos. Las armas de acero, los sables, las corazas, los escudos, los morriones, las cotas de malla, toda arma, en fin, ofensiva y defensiva se fabricaban en nuestro país, y los extranjeros las buscaban á porfía.»

(Se continuará.)

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

I.

San Isidro del alma,
Patron bendito
de la famosa villa
donde he nacido...

De tu aureola
dame un rayo que brille
para mi gloria.

Pobre cantor sin nombre,
soñando triunfos,
en pos de ricos lauros
voy por el mundo...

Mi voz errante
busca el eco en la orilla
del Manzanares.

Por la orilla del rio
van mis hermanos,
y hácia tu ermita blanca
suben cantando...

Tambien con ellos
corre á tu santa ermita
mi pensamiento.

Bajan por el alegre
campo del Moro
niños como anjelitos
rubios y hermosos...

Van con sus madres,
y á tu altar llevan flores
de aroma suave.

Cantan las madres,—«Oyeme,
bendito Santo;
pues los ánjeles cuidan
tus bellos campos,

Un ánjel manda
que vele por el hijo
de mis entrañas.»

«Campo es el alma tierna
donde yo puse
la preciosa semilla
de las virtudes...

Haz que dé al mundo
el alma de mi niño
flores y frutos.»

II.

Ya en la pradera suenan
los tamboriles;
bailan los mozos, bailan
niñas de quince,

Niñas galanas,
las de tez morenita,
las de tez blanca.

Canta Perico el ciego
sencillas coplas;
junto á la Santa Ermita
pide limosna...

Pide, Perico,
que dan fruto los campos
de San Isidro.

Un santico de barro
compra la niña
que está pálida y siente
melancolía...

Llévale al pecho,
porque el corazoucito
le tiene enfermo.

Le tiene enfermo y sufre
de mal de amores;
por eso al Santo dicen
sus oraciones...

«¡Santo Patrono,
haz que la fe del alma
guarde mi novio!

El campo ya se cubre
de alegres ruedas;
niños, mozos y ancianos,
todos meriendan...

¡Todo es contento!
¡Dios bendice los puros
goces del pueblo!

Bandurrias y guitarras
los ciegos tocan;
comen con todos, beben
que es una gloria...

Canta, Perico,
que dan fruto los campos
de San Isidro.

III.

Tras los montes lejanos
el sol se oculta;
melancólica y bella
sale la luna...

Y hácia la villa
va la gente volviendo
por la campiña.

Va volviendo, y entonan
las tiernas madres
para el Santo bendito
dulces cantares:

Tambien alegres
mis queridos hermanos
cantando vuelven.

Ya suben el risueño
campo del Moro,
niños como los ánjeles
rubios y hermosos.

Flores llevaron,
y alegres campanillas
vienen tocando.

La niña que en amores
buscaba auxilio
en la bendita imagen
de San Isidro,

Con esperanzas
vuelve gozando hermoso
sueño del alma.

Tranquila está la noche,
brilla la luna,
y en medio del silencio
mi voz se escucha...

Mi voz errante,
y el eco en las orillas
del Manzanares.

San Isidro del alma
Patron bendito
de la famosa villa
donde he nacido...

De tu aureola
dame un rayo que brille
para mi gloria.

EDUARDO BUSTILLO.

POR NO LLEVAR PARAGUAS...

(RECUERDOS DE SAN ISIDRO DEL CAMPO.)

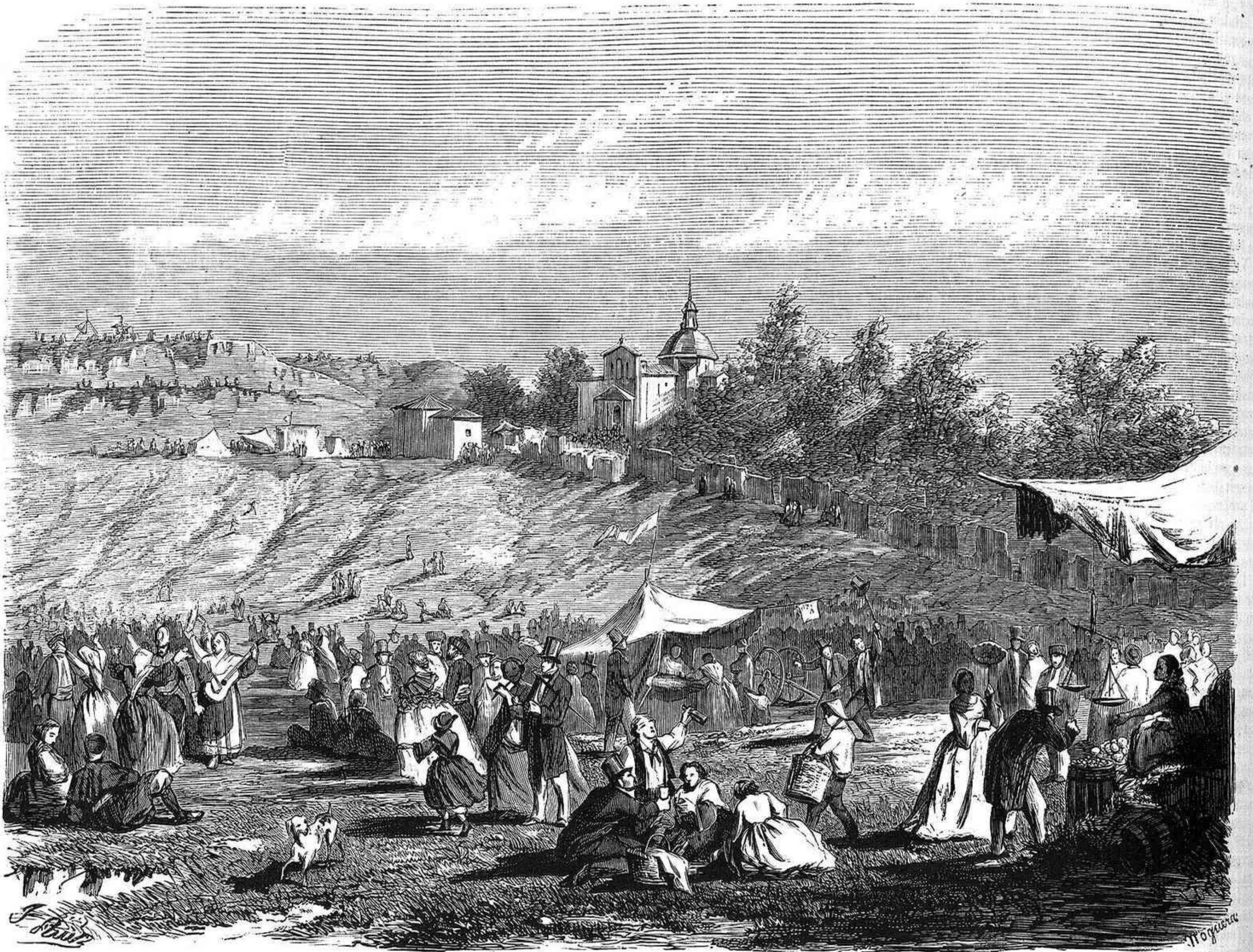
J.

—¿No conocen ustedes á mi vecino?

Alguno de mis lectores, si su memoria es mas fiel que la del periodista elevado á gobernador, ó director ú otro cualquier esceso de 50 á 60,000 reales al año, deberá acordarse de don Lesmes, de aquel buen hombre, seco, cual acogida de amigo rico á camarada pobre, de edad

problemática, como la de ciertas mujeres que vemos todos los dias; un señor muy honrado y muy feo al mismo tiempo, con gafas verdes y enormes orejas todo el año, que está casado y tiene una perra de aguas y una capa negra de esclavina corta para el invierno y un cor-re-que-te... ¡basta! para el verano y...

Pues si no da en el *quid* con tales señas, hágase (le suplico) la ilusion de que acertó y conozca á mi vecino por lo que de él llevo relatado mientras se ofrece ocasion mas oportuna de darlo á luz fotográficamente, que ahora sobra la mitad de los contornos dibujados, para poderlo distinguir entre la muchedumbre en que vamos á verle confundido.



LA ROMERIA DE SAN ISIDRO DEL CAMPO, EN MADRID.

Por otra parte, como la estampa de don Lesmes, no es la del celeberrimo don Félix Utrouque ó *in utroque felix* del lema que ostentan en el reverso, las escasas *peluconas* de nuestro monarca don Carlos III, de gloriosa memoria, única figura (me refiero á don Félix) que á todos alegra el ánima, ya que no les haga gracia mi pálido artículo, se la haré yo á lo menos de los detalles pertenecientes á la humanidad de mi muy amado vecino.

Esto, por lo que atañe á la modificacion física de mi héroe (tecnología filosófica); respecto á la moral, siento que no me sea posible proceder de la misma manera. Va á desempeñar el papel de protagonista en el espectáculo de hoy, en esa fiesta tradicional del pueblo de Madrid que se representa todos los años en la pradera de San Isidro el día 15 de mayo, y no podrian apreciarse los rasgos de su carácter, ni los episodios, á que dió origen, si ignorásemos absolutamente sus cualidades.

Un corto diálogo con don Lesmes establecerá entre nosotros las relaciones indispensables al objeto, y con permiso de mis lectores voy á recorrer el telon > otra vez recuerde acaso como adquirí su amistad.

II.

—Mañana es el día del patron de Madrid, el señor San Isidro Labrador, me dijo don Lesmes el día 14 de mayo

del primer año que puse el pié en el riñon de España.

—¿De veras?

—¿Cómo se hecha de ver á la legua que no es usted del país! me replicó con cierto aire de lástima y desden.

No hay un solo hijo de la villa del oso, que al comprar el nuevo calendario, no registre ante todo el día de la semana en que *cae* San Isidro, y haga sus preparativos con dos de anticipacion para asistir á la famosa romeria de la ermita.

—Ciertamente, no tengo la honra de haber nacido en este suelo, pero conozco las costumbres de Madrid por...

—¿Por las narraciones de los periódicos?—Compadeczo á usted amigo mio; buena idea se habrá formado de ellas con esa palabreria insustancial que ensartan á menudo los escritores, para llenar un hueco de la inmensa sábana que tienen la obligacion de emborronar diariamente; y no sabiendo muchas veces cómo hacerlo, ponen de su cosecha mas de lo que existe en realidad, ó engalanan las solemnidades populares con trajes diversos de los que plugo á nuestros antepasados dotar á sus diversiones...

Dichosos aquellos tiempos en que no habia mas papel público que la *Gaceta*, del tamaño de un romance de ciego: se escribia mucho menos pero se gozaba algo mas... y no se creia cualquier barbilampiño, recien sa-

lido de la escuela, con autoridad de dómine para juzgar ex-cátedra de todo, como sucede en nuestros dias, solo porque lee los periódicos que le atestan la cabeza de ilusiones y de orgullo el corazón.

—¿Señor don Lesmes! me parece entrever en sus espresiones una oculta alusion á mi individuo.

—Dispénsame usted. He hablado de gente de barba lisa y como no tiene un espejo delante...

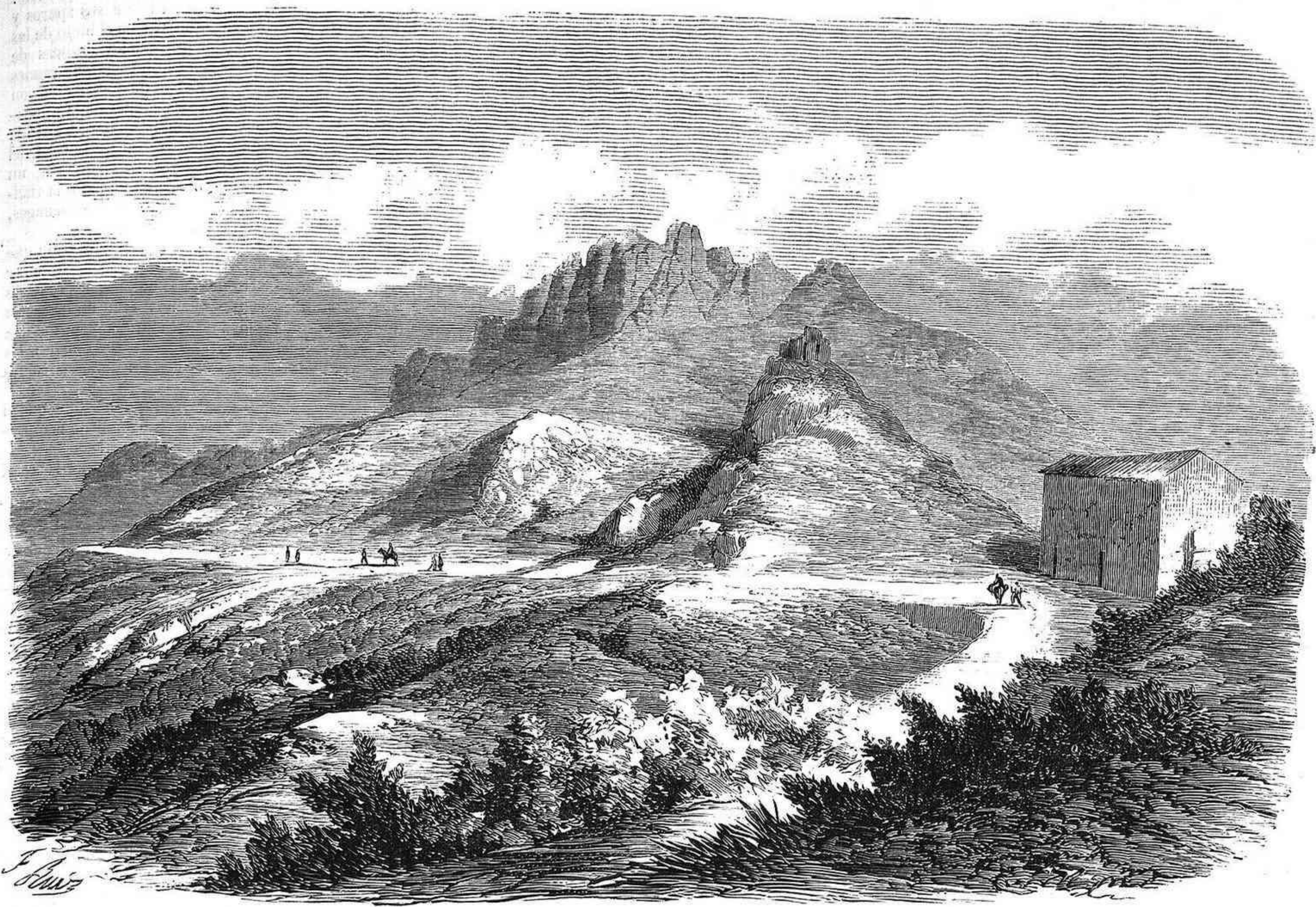
—Todavía no he consultado su opinion sobre la edad que aparento, con que guardase en el bolsillo sus indirectas.

—Son satisfacciones, señor mio, soy incapaz de ofender á un mosquito.

—Corriente, dóime por satisfecho y doblemos la hoja. Va tomando un sesgo la conversacion que no conviene al rostro afable y placentero que mostraba usted al principio.

—Dice usted bien, amigo mio; pero tengo mi alma en su *almario* y me sacan de quicio, á pesar de mi calma habitual, cuando quieren hacerme ver lo blanco negro.

—Aquí señor don Lesmes, no hay quien pretenda alterar la pureza de sus colores, si no un inocente provinciano que se agarra á sus venerables gafas, para que cual dos linternas de Diógenes le iluminen el sendero, no para encontrar á un hombre, puesto que estoy mirando



MONTAÑAS DE MONSERRAT VISTAS DESDE CASA MASANA.

á usted, sino para llegar al perfecto conocimiento de las costumbres de mañana en esta heroica villa.

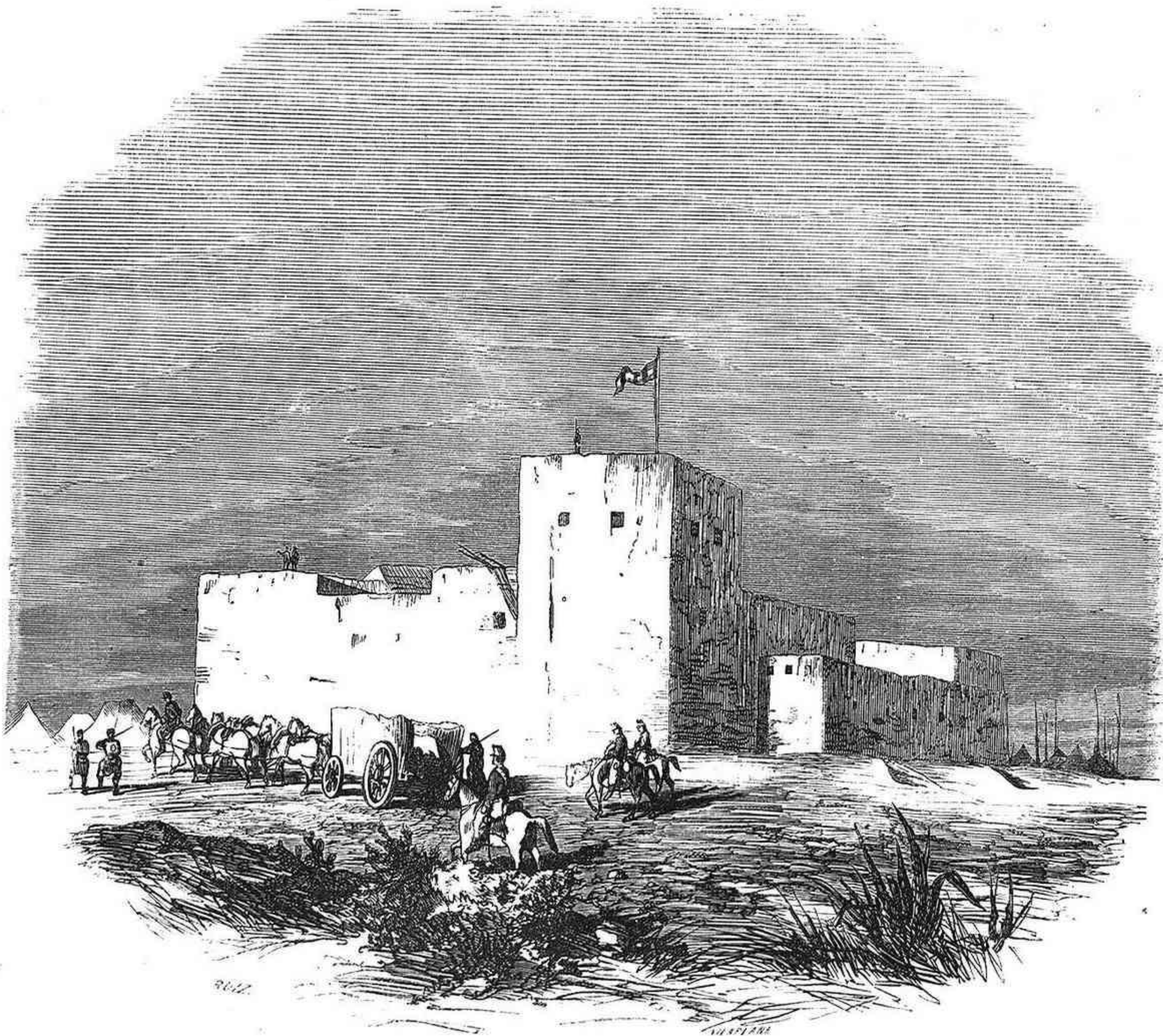
—Esas son mis intenciones, respondió don Lesmes, ya mitigada su indignacion con aquella contundente galantería. Mañana pasaremos el día en San Isidro del Campo; ¡ verá usted cuánto nos vamos á divertir! La gente de tono, suele ir la víspera en sus trenes á visitar la pradera; pero yo, fiel observador de las costumbres de mis abuelos y español á machamartillo, nunca me perdonaría la mas pequeña infraccion de los usos que hallé santificados en mi patria cuando vine al mundo, y mucho menos esta romería que de puramente religiosa, como iniciada por la emperatriz doña Isabel, esposa de don Carlos I á causa de haber fundado la ermita allá por los años de mil quinientos veinte y tantos en el sitio donde San Isidro hizo brotar una fuente para que su amo don Ivan de Vargas apagase la sed que le aquejaba en una calurosa tarde del estío y cuyas aguas mejoraron despues la salud del príncipe don Felipe, ha venido á degenerar andando el tiempo en una funcion mundana con suspuntas de devota.

Por consiguiente escuche usted mi programa.

Saldremos temprano de Madrid y en el caballo de San Francisco; iremos pian piano á la pradera, oiremos misa en la ermita, compraremos leche de las Navas, campanillas del santo y rosas de Fuenlabrada, y despues de dar un paseo por los alrededores y de comer en cualquier fonda, nos volveremos en coche, si estamos cansados ó del propio modo que fuimos... eso á nuestro arbitrio, ¿verdad?... sobre todo no se olvide usted del paraguas. Yo llevo siempre el mio porque ha de saber usted que en Madrid, suele el sol burlarse de nosotros y si se halla uno desprevenido, es víctima de los cocheros que llevan un dineral por un miserable asiento, so pena de aguantar el chaparron y coger un constipado de cerebro que le obligue á echar la voz durante el ve-

rano como si no tuviera narices. Créame usted, amigo mio, y no se fie del sol aunque le tueste las espaldas, recoja al salir su paraguas si no quiere que se le agüe la funcion.

Una enmienda propuse á mi vecino en los artículos de su programa: la simple traslacion del que hablaba de compras, dejándolo para el último, por razones que cualquiera puede adivinar: mostróse altamente contra-



ADUANA DEL RIO MARTIN EN MARRUECOS.

riado, asegurándome que una experiencia de treinta años seguidos le había puesto de relieve las ventajas de su obra y no tuve fuerzas que oponer á tan robusto argumento.

Al despedirnos hasta el día siguiente volvió á repetirme que no olvidase su consejo.

III.

A la hora convenida ya estaba listo mi vecino, con su cónico sombrero de anchas alas que únicamente las abría en las grandes solemnidades, capa, orejas y antiparras, de modo que al llamar á su puerta, él mismo levantó el picaporte y salimos acompañados hasta el portal de los aullidos de la perra que se quedó en casa por miedo de que se estraviase entre la gente, y las voces de doña Ruperta, su consorte, que le gritaba sin cesar.

—¡Cuidado con mi cántaro de leche y mis roscas de Fuenlabrada!

En tanto que respondía su marido, desde abajo, con una sonrisa muy cuca.

—Mujer, si otro te ha tomado la delantera... y el señor, podrá decir....

Necesario me fue entonces atestiguar por señas la prevision de don Lesmes, que no tardó en darme el mas solemne mentís del mundo. Despues de tantas recomendaciones como me había hecho la vispera, no se acordó de sacar el paraguas, sucediéndome á mí lo propio.

En todas las poblaciones podriáse adivinar las festividades de cierta importancia sin mirar al calendario, por ese otro libro que los confiteros, reposteros y vendedores *con pue to ambulante* (tecnología rentística) se encargan de confeccionar, con letras de manjares, y cuyo alfabeto puede traducirse en Madrid de esta manera.

—Buñuelos y panecillos *en su casa*, esto es, en las tiendas respectivas.—Dicen á los glotonos—y a los que no lo son.—*Día de Todos Santos*.

—Aves en la Plaza Mayor, con su acompañamiento de naranjas y turrone.—*Noche Buena*.

—Panecillos del *Santo*, en la calle de Hortaleza y cebada en el convento de San Anton.—*El idem*.

—Buñuelos en la puerta de San Vicente y licores al aire libre.—*San Antonio de Padua*.

—Buñuelos en el Prado y flores en la Plaza Mayor.—*San Juan y San Pedro*.

—Leche de las Navas y rosquillas de Fuenlabrada.—¿Qué madrileño deja de reconocer en estos productos animales y vegetales las características é inequívocas muestras del *día de San Isidro* su patron reverenciado?

Estaba la mañana algo calurosa, gracias á un sol magnífico que caía á plomo sobre los habitantes de la ilustre villa; un cordon no interrumpido de gente se extendía desde las puertas de Toledo y Segovia hasta la pradera de la ermita, donde se enredaba la madeja en mil encontradas direcciones, formando un dédalo mas intrincado y revuelto que el que describen las hormigas en los contornos del hormiguero.

Por desgracia el viento soplabá con mas gana que aquella con que generalmente se desliza en los trombones y flautas cuando llega el último acto del Guillermo; y las nubes de polvo que los omnibus, coches, tartanas, galeras y carromatos, y toda esa falange de vehículos clasificados tan fiel y minuciosamente por mi amigo Fernandez Gonzalez, levantaba del camino, en su rápida carrera, venían á estrellarse contra los modestos peatones de aquella peregrinacion, que aspiraban la abrasada tierra con mas fuerza de la que sus pulmones consentían y ellos mismos deseaban.

—¿Sabe usted amigo don Lesmes, dije á mi vecino al notar surcado su rostro por las gotas de un sudor no muy limpio en verdad, desprendido de sus sienes, que hubiera usted acertado en dejar la capa en su percha?

—¡Lo que es no conocer el país! me respondió jadeando como un perro y con una cuarta de lengua fuera; ¿vé usted el calor que ahora hace?

—Si señor, veo por las señales que no debe ser ligero el que usted siente.

—Pues le aseguro que á la tarde nos vamos á soplar los dedos de frio.

—Entre tanto el calor nos derrite.

—Ese es Madrid, amigo mio. La intemperancia es su norma, su destino, su vida: lo mismo reina en la naturaleza que en la sociedad.

—Bueno es orientarse del terreno que uno pisa.

En estas y las otras, llegamos á la pradera.

Los yeseros que con su costal al hombro van desde el carro á los almacenes trasportando el material semejantes á estatuas de movimiento, no están mas blancos que lo estábamos nosotros cuando logramos divisar el pié de la colina donde se asienta la iglesia, cuyo origen sabemos por boca de mi vecino.

IV.

Como supongo que todos mis lectores habrán asistido á la romería de que trato en este artículo, unos por sí propios, y guiados otros por la narracion que de tan antigua y veneranda costumbre han hecho de varios modos plumas de distinguidos escritores, me abstengo de bosquejar el pintoresco y animado cuadro que presenta

en este día la pradera de San Isidro, con sus innumerables tiendas y puestos de dulces, juguetes y licores, cubiertos de esteras y blancos toldos de lienzo, sus pilas de cantarillos, cuya encarnada argamasa encierra la s. brosa leche de las Navas, las frescas aguas del Manzanares, vigiladas por los añosos árboles de sus riberas, la ermita, que descuella solitaria y grave, dominando el risueño panorama y el confuso estruendo que producen los pregones de los que venden, las risas y voces de los alegres concurrentes al mezclarse con el repique de las campanas, el silbido de los pitos, la vibracion de las *campanillas del santo*, el tañido de las gaitas, el redoble de las panderetas, los acordes de algun violin destemplado y los dulces ecos de las manchegas y boleras que por intervalos vienen á unir sus sonidos á los demás, constituyendo entre todos esa diabólica orquesta, monstruosa, atronadora, incomprendible, ese babel de tonos, laberinto de gritos, pandemonium de ruidos que horripila y seduce, repele y atrae, convida y despide, esa horrible y grandiosa barahunda, en fin, que todo el mundo conoce sin que nadie acierte á describir:

Lo primero que hicimos, mi vecino y yo al formar parte del aquel ogo de cincuenta mil cabezas, fue dirigirnos á la ermita, siguiendo su programa *ad pedem literæ*; pero con harto pesar de don Lesmes, tuvimos que renunciar al placer de ver á los santos: imposible nos fue atravesar la barrera humana que se oponía á nuestros designios, como se opone el mundo al desarrollo de los puros sentimientos que germinan en el corazon de la adolescencia y la deducción no puede ser mas lógica.

Ibamos á oír misa y la gente nos lo impidió.

Mi vecino debió sacar para su capote la consecuencia moral de aquel hecho y quiso evitarse el disgusto de hacer un raciocinio análogo, aunque en asuntos mas vulgares y positivos; así es que se encaminó á toda prisa, hacia los puestos de cantarillos para cumplir el encargo de su conyuge, porque don Lesmes, segun dice en el comienzo de estas desaliñadas líneas es lo que se llama un buen hombre y antes faltarán las alabanzas en duelo de mayorazgo, que mi vecino á sus costumbres patriarcales y á sus deberes como ciudadano y como esposo.

Inútiles fueron mis reflexiones para apartarlo de su idea. Es verdad que este era el órden del programa y una de las dotes características de su autor, es la proverbial firmeza romana.

Nadie me negará que en esta circunstancia, imitaba el arrogante teson de Pilatos en lo de *quod scripsi scripsi*.

—Pero don Lesmes, si no son mas que las once de la mañana, y nos proponemos recorrer la pradera hasta la noche, ¿quiere usted decirme qué vamos á hacer todo el santo día, llevandó acuestas de una parte en otra el *dichoso* cantarillo? ¿No comprende usted que va á estorbarnos horriblemente?

Sí, triste de mí, cantarillo decía yo, y no fue uno solo, ni cantarillo siquiera, sino dos enormes botijas, con peso de arroba y media cada una, las que mi vecino compró desde luego, á pretexto de que la buena leche la vendían pronto y no quería que su mujer le reconviniese por su mala eleccion, á el que se preciaba del mas esquisito conecedor del género que existiera en la capital de la monarquía.

Y caten ustedes á mi vecino, cargado como un mulo manchego, con sus seis varas de capa y *ainda mais* los cántaros, que tomó uno en cada mano, ocultándolos bajo el vuelo de aquella.

—Mucho me temo que al entrar en Madrid, nos detengan los guardas, le digo reparando en su equívoca facha.

En este instante miró al cielo lánguidamente mi vecino, y un suspiro igual al bramido de un toro de Veraguas, salió de su pecho, que entre paréntesis, debió resentirse algo de la fuerza con que fue arrojado.

Sin duda le recordaron los astros su falta de paraguas.

—Lo que temo, siento y deploro con toda mi alma, replicó casi llorando de rabia, es mi olvido imperdonable de no haber sacado paraguas.—¡Y mi mujer que no me lo advirtió!—¡Calle!—¡pues tampoco usted lo trae!—

¡Brabo! ¡Buen lance hemos echado!—Ahora ¡sí que nos vamos á divertir! Nuestro programa tendrá el cumplimiento de casi todos los programas.—Volvámonos á Madrid. Es la primera vez que me sucede este chasco.

Procuré consolar á don Lesmes del mejor modo posible, aunque sin comprender al mirarlo, donde hubiera colocado el paraguas en caso de haber tenido mejor memoria, á no ser que sus intenciones fueran el endosármelo, al cargar con los cantarillos, en cuya suposicion di gracias á San Isidro, por la que sin duda me dispensaba.

—Si señor, continuó azorado mi vecino, todos los años infaliblemente *se le mojan las polainas* al bendito labrador, y si no, mire usted—mire usted que rafaguitas—

Y en verdad que el cielo se iba tupiendo de un sospechoso crespón, amenazando poner crespó nuestro cabello y crispados nuestros músculos, si la toca de Santa María de la Cabeza, no se interponía entre las nuestras y las nubes como lo hizo en otro tiempo entre sus piés y las aguas del Manzanares, á guisa de *quife*, segun cuenta la tradicion.

Pero don Lesmes no permitió que nos pusiéramos en camino para huir del chubasco, sin comprar antes las

rosquillas de Fuenlabrada de las que llenó un pañuelo. Viéndole tan ocupado, no fui insensible á sus apuros y me brindé, no á llevarle los cántaros, sino el bulto de los cerciorarse de que sus bolsillos no eran bastante grandes para contener aquel fardo, y en vista de que la situación apremiaba pues empezaban á desprenderse de la atmósfera unas gotas del vuelo de los miriñaques, adoptó la heroica resolucion de meter los roscos en la copa del sombrero, y volviendo á coger los cántaros que por un momento había dejado en el suelo, emprendimos la vuelta á Madrid, sin haber cuidado de nuestros estómagos, por mimar el de doña Ruperta.

Como la gente se agrupaba por la estrecha calle que forman las mesas de los vendedores atropellándose por llegar pronto á la estacion de los Omnibus, los cántaros que acarrea mi paciente vecino, eran un obstáculo que interrumpia la rapidez de su marcha y con el que tropezaban continuamente, haciendo prorrumpir á los mas osados el dolor de sus espinillas en dicitorios contra don Lesmes.

—¡El demonio del silvante! ¡con una chistera que ni la torre de Santa Cruz! ¡Pues no me ha dado mal porrazo con ese canasto que lleva bajo la capa!

—Amigo, ¡que está prohibido ir cargado por la acera!

—Y sin merienda que se viene el cursi—

—¡Si no se habrá visto en otra!—

—Hombre, ¡diga usted al menos que *mancho!* y otras mil finezas por el estilo, sin importarle un ardite el angustioso estado de don Lesmes, á quien llevaban y traían de aquí para allá imposibilitado de hacer frente al aluvion que nos arrastraba hácia adelante y sin poder siquiera ladear su cabeza por llevar su sombrero en equilibrio.

V.

Al fin descubrimos los carruajes y allí fue Troya.

La gente se disputaba un asiento de omnibus, coche ó calea, como los muchachos se arrebatan los cuartos que les arrojan en los bautizos ó las aleluyas en las minervas; aquello era un campo de Agramante, una lluvia de codazos, empellones y pisadas de lleno, bajo otra lluvia de agua que creí llegado el último instante para mi pobre compañero. Por fortuna, el movimiento inesperado de las mulas de uno de aquellos armatostes, hizo refluir en otra direccion el enjambre que nos asediaba y aprovechándome de tan feliz coyuntura, me encaramé de un brinco en el omnibus é insté á don Lesmes á que me siguiera, siéndome forzoso asirle por el cuello para ayudarle en su peligrosa ascension.

Detrás de nosotros, subieron multitud de personas, que sin decir siquiera—*allá voy*—se precipitaron á granel en el vehículo y pronto nos vimos mas prensados que ropa en cofre de viajero. Quiso Dios que al fin se pusiera en marcha el carruaje y con el movimiento nos fuésemos encajando poco á poco en nuestros respectivos sitios.—

Entonces pude respirar con algun desahogo y dirigir una ojeada sobre nuestros cercanos compañeros. Mi vecino y yo estábamos colocados entre la pareja de un torero y una robusta pasiega con su cria en brazos y un escudido hortera, novio al parecer de una jóven morena y de amartelados ojos que en union de su mamá, y tres ó cuatro hermanas eran las personas que ocupaban nuestro frente y costados.—

Embebida la hija de las montañas con la plática del lidiador taurómaco dejaba en amplia libertad al niño que manoteaba á diestro y siniestro, con grave disgusto de su adlatere don Lesmes, que habiendo podido salvar del naufragio los cántaros de leche, los tenía sobre sus rodillas para no incomodar á nadie—y tambien porque no hubiera podido colocarlos de otro modo.

—Señora, que ese muñeco va á sacarme un ojo—decía don Lesmes—huyendo verticalmente la cabeza, por miedo de que la mas leve inclinacion, volcase su sombrero.

—Si querrá el señor que las criaturas se esten como los botijos que lleva encima—contestaba la nodriza. ¡Vaya unos *monipodrios!* Mejor hubiera hecho en beberse la leche y tirar los tiestos.

—Y usted, en meterse la lengua... donde le importe, replicó amostazado mi vecino.

—¡A que le entierro la boca en la colmena de un *apabullo!*

—El torero, á quien yo veía terciar en el asunto, de un modo infausto para don Lesmes, tomó la palabra entonces y con gran sorpresa mia y acaso de los demás—dijo como quien quiere echarlo to. lo á barato—

—Vamos—caballero—no hay que tomar las cosas tan por lo serio, usted es usted, y nosotros somos los que somos y—ya se acabó el negocio—Telesfora, pasa el ne-ne á mi lado—

Pero ya era tarde. En el momento en que la pasiega trasladaba con rabia de su brazo derecho al izquierdo el angelito, este habia hecho presa en el ala del sombrero, que como sabemos, tenia un palmo de circunferencia y la copa tras del ala abandonaron á un tiempo la cabeza de su dueño.—Don Lesmes por llevar prontamente las manos á los roscos, la separó de sus rodillas, y dulces y cántaros rodaron entre los piés de los viajeros, haciéndose unos y otros mil pe-

dazos é inundando nuestras piernas un rio del famoso líquido de las Navas.

Las mujeres empezaron á chillar desaforadamente y á separar las faldas de los vestidos, que no se libraron sin embargo de la avenida; la mamá de los tres ó cuatro pimpollos, por poco araña á don Lesmes, gritando.—¡Me ha estropeado el caribe el fruto de cien noches de trabajo en los volantes de mis hijas!—El novio quiso desaliar á su novia; la pasiega, enarboló el puño sobre la causa de tan blanca averia, el torero reía á carcajada suelta; el niño asustado, prorumpió en unos alaridos que cantaba el misterio... yo, alcé los piés á la altura del asiento, doblándome en figura de ese para dejar que circulase el líquido libremente y en medio de aquella algazara de voces, improprios, risas y llantos, mi vecino, el infortunado don Lesmes, con la capa hecha un mapamundi, el pelo arremolinado y lleno de mil partículas rubias y blancas desprendidas de los roscos, los brazos caídos—y la cabeza inclinada, miraba tristemente los tientos de sus cacharros, el succulento arroyo que á nuestros piés corría y el destrozo de sus dulces... exclamando con un acento capaz de enternecer las piedras.

—¡Por no llevar paraguas!!!

Vosotros benévolos lectores que ya conocéis á mi vecino, que me habeis dispensado la atención de seguirlo paso á paso en nuestra infausta romería y que os constan efectivamente cuántos dolores, amarguras y compromisos tuvo que sufrir por no quitar punto ni coma á su programa, vedlo en la deplorable situación en que se encuentra y comprended si es digna de la mas santa piedad esta víctima de la consecuencia.—*Attendite et videte si est dolor sicut dolor suus.*

Al llegar la catástrofe á esta altura, estábamos en la Puerta del Sol. El cielo continuaba regalándonos un abundantísimo aguacero y al bajar del omnibus entre los denuestos y rechifla de los interesados mas ó menos directamente en la suave aventura, tuve que tomar un coche para conducir á su morada al exánime don Lesmes quien halló no obstante fuerzas, para dar á la perra, al entrar el primer puntapié que ha recibido en su vida y solo dijo á su mujer, que maravillada de aquellos modales, del estado lastimoso en que lo veía volver y sobre todo, de no encontrar dentro ni fuera de la capa, su cántaro de las Navas y sus roscos de Fuenlabrada, le pedía la explicación de tan estraños fenómenos.

—¡Por no llevar paraguas! —

VI.

Quando en uno de esos dias de otoño ó primavera en que el terso azul del cielo aparece radiante, en toda la plenitud de su belleza sin que el mas leve celage surque la límpida superficie del horizonte y el ambiente es purísimo y resplandecen las mil partículas de la tierra á los tibios rayos de un sol radiante que presta diafanidad á la atmósfera y calma á la naturaleza, cuando en uno de esos dias repito, diviseis por la acera de alguna calle de esta heroica villa á un hombre, enfundado en una larga capa, entre cuyos pliegues asoma la dorada contera de un paraguas, no os sorprenda tan singular contraste. Ese anacronismo viviente, ese contrasentido animado, ese mochuelo de la Siberia, que como la ceniza del miércoles de cuaresma va recordando á todos con su lúgubre aspecto, la muerte de la vegetación, la época de los hielos y barro...

Es mi vecino don Lesmes que no abandona á tres tirones el consabido mueble desde los apuros que le asediaron el dia de San Isidro por no llevar paraguas.

JOSÉ J. SOLER DE LA FUENTE.

ESCENAS DE MI VIDA.

BAILES EN LA ISLA DE PINOS.

(CONCLUSION.)

III.

Una hora antes que el de los blancos concluía el baile de la gente de color que me merecía una predilección marcada. En general no asistía al de los blancos hasta que había terminado el de los negros, es decir á la última hora, y esta preferencia que daba al de estos sobre el de aquellos me convertía en objeto de muchas murmuraciones. Los blancos me llamaban apóstata y decían que había hecho defección á mi raza. Pero yo me sobreponía á la preocupación que no consentía que hubiese entre las dos razas mas relaciones é intimidades que las del látigo y la carne, y el apasionado de la revolución francesa, que era de mi mismo modo de pensar, cuando oía decir que se menoscababa la reputación del blanco que trataba á los negros como si fuesen hombres, se acordaba de Danton y repetía las famosas frases con que apostrofaba al convencional terrible á los que le lamaban bebedor de sangre.—«¿Qué me importa mi reputación? ¡Que la libertad se salve aunque mi nombre sea maldito!»—Miraba á sus detractores con el mismo profundo desprecio que Riqueti á los Lameth, y exclamaba:—No necesitaba yo esta lección para saber que del Capitolio á la roca

Tarpeya no hay mas que un paso. Los golpes de arriba jamás me detendrán en mi carrera.—Como se ve, las citas no venían muy al caso.

La casa en que bailaban los negros no estaba comprendida en el radio de la población, y era, aunque bastante espaciosa, mucho mas modesta que la casa en que bailaban los blancos. Constaba de dos piezas. En la primera, que era propiamente el portal, se celebraba despues del baile lo que en el país llaman una *cochinata*, que consiste en zamparse alegremente un cerdo asado. Este, desde que principiaba el baile, se hallaba de cuerpo presente encima de una mesa ó catafalco colocado en el centro de la habitación, aguardando á que se procediese á su autopsia, como un cadáver en un anfiteatro clínico. No había mas luz que la muy escasa de un farol c. Igado de la pared. La otra pieza, que era el salon del baile, estaba mejor alumbrada, pues tenía para luchar con sus sombras la friolera de cuatro velas de sebo puestas en dos cornucopias de hoja de lata muy enmohecidas, y sus resplandores eran ávidamente absorbidos por el ateado cútis de los concurrentes, que eran todos, sin mas excepción que mi compañero de peregrinación y yo, tan negros como si estuviesen alquitranados. No había siquiera uno de esos híbridos de la especie humana que se llaman mulatos. Una y otra pieza, blanqueadas con cal, hacían parecer mas negros á los negros, y estos las hacían parecer á ellas mas blancas. En lugar de sillas había arrimados á las paredes dos bancos mugrientos como los de las posadas y los de los cuerpos de guardia. No llamaba la atención ningun otro mueble.

Toda la orquesta se reducía á un güiro, y como no había ningun negro entre mis discípulos de la isla, porque si hubiese tenido un solo discípulo negro, no hubiera querido ser discípulo mio ningun blanco, no se bailaba mas que el zapateado y el fandango. Pero lo que se bailaba se bailaba con brio, y había negros que con los piés hacían maravillas; los había que se dejaban caer contra las manos, y se levantaban de repente dando al aire una voltereta, como los cubisteros en las danzas gimnásticas de Esparta. Las negras bailaban también con fervor, *totis viribus*, que es, según el sagrado testo, como bailaba David delante del arca.

Daba al baile un carácter sainetesco que me hacia desternillar de risa la manera de vestir de los negros. Llevaban con el mayor énfasis los trajes de gala que habían pertenecido á los ascendientes de sus amos ó que habían sido ya desechados por muy antiguos. Un enano se perdía, como un mosquito en el piélago inmenso del vacío, en los abismos de una levita negra, ancha como la conciencia de la época, que se hizo para un gigante, y no podía encontrarse á sí mismo, por mas que se buscaba, dentro de unos pantalones sumamente largos, cuyo sobrante se rollaba en espiral como un saratrapos encima de sus piés desnudos, á pesar de que por su parte superior le lastimaban los sobacos. Hubiera podido doblar hacia arriba, como el pañal de un recién nacido, lo que de cada pierna le sobraba, y hubiera parecido que tenía las dos piernas amputadas. Para moderar las hiperbólicas proporciones de las mangas de su levita, las fruncía y replegaba hacia el hombro, y así podía asomar las puntas de los dedos, que le servían para levantarse los pantalones mientras bailaba, como se levantan las sayas en los dias de lluvia las hijas de la fangosa capital de España. Su chaleco era amarillo, y tan escotado, que hubiera permitido ver toda la pechera de su camisa, si no hubiera estado tapada por los pantalones que, como acabo de decir, le cubrían toda la region torácica. Era tan largo, que con él solo hubiera estado vestido, y teniendo cuidado de llevarlo abrochado, podía sin ofender el pudor quitarse los pantalones. El todo figuraba un talego casi vacío. Poned encima de un saco un sombrero negro de copa alta, muy ancho por arriba, muy estrecho por abajo, y tendreis una idea aproximada del personaje de que acabo de ocuparme.

Un Holofernes negro gastaba un frac azul de boton dorado que se lo había dado el enclenque señorito de la casa de la Habana á que perteneció, cuando se le hubo quedado corto y estrecho. Se ahogaba como el espíritu del siglo dentro de las fórmulas antiguas. No le eran permitidos mas movimientos que los de un pájaro disecado. No tenía articulaciones, parecía formado todo de una sola pieza, no podía mover la mas mínima parte de su cuerpo sin mover el cuerpo entero. Si hubiera querido levantar un brazo ó tan siquiera acercarlo al tronco, hubiera roto la espalda del frac en que se hallaba embutido, desmintiendo la ley de la impenetrabilidad de la materia, y así es que llevaba los brazos separados de su cuerpo, de manera que este parecía una cláusula encerrada en un paréntesis. Las mangas no llegaban á los codos sino con mucho trabajo y haciendo desesperados esfuerzos, y los faldones se abrían figurando la cola de una golondrina. Los pantalones, que eran blancos listados de amarillo, hubiera permitido ver las ligas si el gigante hubiese llevado medias, y su chaleco, de color de grana, se hallaba á tanta distancia de los pantalones, que no se oponía á la exhibición de las tres cuartas partes de la camisa. Una especie de gorro de dormir azul y colorado cubría su cabeza.

Todos los demás concurrentes vestían con el mismo gusto y elegancia; ninguno llevaba una sola pieza hecha á su medida, y lejos de parecerse ridículos los unos á los otros, se envidiaban mutuamente; los que no iban des-

calzos llevaban zapatos amarillos, y todos por regla general gastaban sellos y cadenas de similor ó de acero sin gastar reloj, una enorme corbata blanca que á ninguno permitía ver parte alguna de sí mismo, y un cuello de camisa tan inmensurable y tan almidonado, que parecía puesto á propósito para que la cabeza encajonada en él no se inclinase á ningun lado. A primera vista daba risa, pero despues de la primera impresion daba angustia el ver semejantes adeseos.

Las negras por su traje no se diferenciaban de las blancas, de cuyos vestidos usados hacían ellas sus vestidos nuevos. No carecían de gracia en la manera de ataviarse, porque la gracia es instintiva en la juventud femenina, cualquiera que sea la raza á que pertenezca. Mas peripuestas que las blancas, tenían una afición decidida á todos los accesorios y perifollos, y comprendían perfectamente cual era el color de los adornos que mejor casa con el de su cútis. El color rojo preponderaba en todos sus atavios, en el collar, en los pendientes, en las conchas y flores artificiales que se ponían en la cabeza. Solían ser rojas hasta las varillas de sus abanicos.

Dos negras había cuyo ángulo facial, por una excepción de la regla, no tenía la misma abertura que el de los orangutanes. No era aplastada su nariz, ni abultados sus labios, ni cerdosos sus cabellos. No eran negras mas que por su color; parecían blancas pintadas de negro. Una de ellas era alta, la otra baja, pero las dos esbeltas. Había en sus facciones tanta regularidad, tanta perfección, tanta pureza de líneas como en la *Fornarina* del gran Rafael; eran dos estatuas de Vénus, que por un capricho del escultor se hicieron de ébano en lugar de hacerse de alabastro. Menos que por el perfil, se distinguían la una de la otra por el gesto. La mas alta interesaba por cierta apariencia de re-signación melancólica; la mas baja imponía por su espresion de altivez, de implacable enojo, de saña concentrada. Se conoce que nunca transigió con las humillaciones que su condicion de negra la imponía; la realidad de su desgracia no bastaba á convencerla de que valía menos que una blanca. Para rivalizar con estas, aceptaba los obsequios de los blancos y desdeñaba los de los negros. Su amor era quizás una forma que tomaba su envidia, pues le bastaba para amar á un blanco y tenderle las redes, saber que era amado de una blanca.

Las dos negras eran propiedad del comandante de la isla, porque se las habían regalado, ó eran hijas de esclavas suyas, ó le habían costado su dinero; es decir que eran propiedad del comandante de la isla como son propiedad vuestra vuestro perro y vuestro caballo. También la que mas resignada me parecía, á pesar de que, según dicen, la desgracia comun iguala á todos los que á ella están sometidos, trataba á los demás negros mas bien como señora que como compañera; una y otra esclava despreciaban á los demás de su condicion, y en ambas se notaba un no sé qué de superioridad, debido quizás á las lisonjas de que se ve siempre rodeada la belleza, tal vez al triste privilegio de ser esclavas de un amo que mandaba á los amos de los esclavos. ¿No vemos acaso en Europa que se creen superiores á los demás criados los criados de los reyes?

Tanto y mas aun que en el baile de los blancos el canto intervenía en el de los negros. La letra de sus cantares era anónima como todos los versos populares, y se reflejaba en ella el espíritu de reaccion de una raza proscrita. Algunas estrofas parecían sin embargo inspiradas por un sentimiento personal, y era la improvisación del mismo que las cantaba, pero aun así trasudaba siempre por algun poro el odio de raza. Recuerdo la siguiente redondilla en que un joven congo aludía á su amo, que era un colono en la isla á quien había creado una triste reputación el mal trato que daba á sus esclavos.

Todos, si bien se repara,
Todos, si bien se repara,
En el mundo negros son;
Yo tengo negra la cara
Y tú negro el corazon,
Y tú negro el corazon.

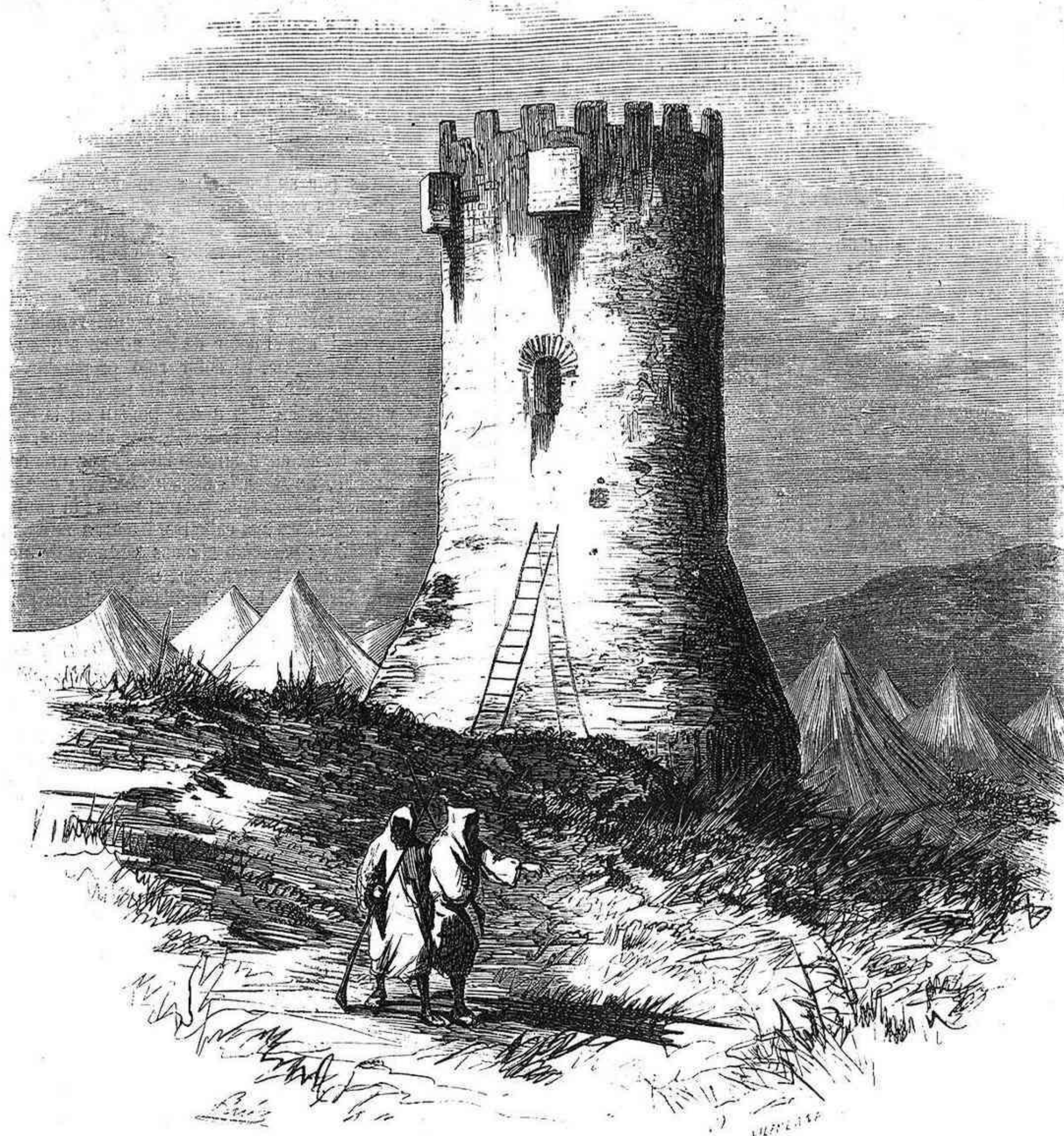
El primero y último verso se repiten siempre en las redondillas; en las quintillas no se repite mas que el primero como en la que copio á continuación, que la oí cantar á una de las negras del comandante, con motivo del reciente casamiento de un guajiro de quien ella estaba perdidamente enamorada.

Blanco de mi corazon,
Blanco de mi corazon,
Que amas á una blanca aleve,
Al calor de tu pasión
Que encendería el carbon
Se derretirá la nieve.

El concepto es, como se ve, muy alambicado. El carbon es ella, la nieve su rival. De todos modos sirve para revelar el carácter envidioso de la negra, que en la estrofa que sigue acaba de ponerse en evidencia.

Blanca, blasonas en vano
De tu triunfo y poderío;
Mi amante te dió la mano,
Todo lo demás es mio.

Pero en general, como he dicho, se desconoce el origen de todos los cantares, que se transmiten de unas á



TORRE-GELELI, EN MARRUECOS.

otros y son gotas de hiel que rebosan del corazón de los esclavos. No hay negro en las Antillas que no haya cantado alguna vez los siguientes cuatro versos, en que se espresa el predominio de cada raza por la bondad relativa del pan y de los vegetales con que es reemplazado.

Los mulatos comen yuca,
Y los criollos casave,
Los españoles pan blanco
Y los pobres negros ñame.

Esta estrofa, que tan insignificante parece, les arranca algunas veces profundos suspiros, y suelen cantarla llorando.

A las nueve en punto la distinguida concurrencia pasaba al salón del ambigü, ó sea de la *cochinata*. Los negros, que separados en aquel momento de sus amos no tenían á quien servir, se servían á sí mismos, cargando, á pesar de sus lujosos trajes, con los bancos del salón de baile, para colocarlos alrededor de la mesa en que aguardaba el cerdo muy seriamente la sepultura que le preparaban los estómagos, despidiendo un olor agradable, que era, por desgracia, insuficiente para neutralizar el de lana churra y sobaquina que apesta siempre las localidades en que se reúnen muchos negros. Como los de uno y otro sexo habían bailado con tan frenético entusiasmo, sudaban todos á mares, y su rostro reflejando la luz brillaba como el charol nuevo. Parecía que un limpiabotas había dado betún y sacado lustre á todo su cuerpo. ¿Cómo la moderna industria, que de todo se apodera, no ha aprovechado aun para zapatos el tegumento de los negros? No tendrían que embetunarse y su negro sería permanente. Después de esta indicación que acabo de hacer, milagro será que algún industrial no caiga en la cuenta. Reclamo, por si el caso llega, los honores de la prioridad del descubrimiento.

Mi compañero y yo, que nos hacíamos la ilusión de que asistíamos á una escena de antropófagos, pues el cerdo ennegrecido por las llamas parecía un negro asado, ocupábamos á instancias de los negros un lugar de preferencia. Armados, como todos, de un tenedor de palo, dimos pruebas de buenos cristianos asimilándonos las mejores tajadas del sabroso animal que tanta aversión inspira á los moros y judíos, y bebimos, en compañía de congos y carabalies, criollos y bozales, sendos tragos de aguardiente de caña en un vaso común, pues no había

mas que uno para todos. Nuestra llaneza encantaba á nuestros huéspedes; pero todo el prestigio que nuestro carácter franco nos daba entre la gente de color nos lo hacía perder entre los blancos. No me acuerdo acerca del particular qué palabras de no sé qué convencional pronunciaba mi compañero, el eterno parodiador de los protagonistas de la revolución francesa.

La sesión se levantaba á las diez en punto, sin necesidad de ningún brumario. Los concurrentes la hubieran de buena gana prolongado hasta el siguiente día; pero no obtenían el permiso que pedían á sus posaderas, únicas responsables de todas sus estralimitaciones.

Concluido el baile de los negros, nos volvíamos al de los blancos, y después de este nos retirábamos á nuestro bohío, donde, con el auxilio de un mosquitero de percal tupido y el de un majá que hacía el oficio de gato, nos dormíamos profundamente á pesar de todos los gengenes y ratones, sin que se nos reprodujesen en sueños las escenas de la isla, sino la imagen de nuestra patria y de los objetos queridos de que nos separaba la inmensidad de los mares. Los proscritos no tienen nunca otros sueños.

ANTONIO RIBOT Y FONTSERE.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

Lemprieres, dice, que se aseguró del silencio de las demás mujeres, yendo también á visitarlas á sus respectivas habitaciones, pues si hubiesen hablado, hubieran quedado igualmente comprometidas.

El doctor tuvo en este tiempo todo el que necesitaba para examinar y describir aquel misterioso recinto. Hé aquí la descripción que de él hace:

«El harem forma parte del palacio ó serrallo: una puerta secreta, de cuya llave es único depositario el emperador, abre paso á él. Es preciso atravesar un gran patio antes de llegar á los cuatro mas hermosos aposentos de las mujeres. En el centro de este patio cuyo

piso es de ladrillos blancos y azules, hay una elegante fuente, destinada á las abluciones y los usos domésticos. Otros doce patios cuadrados preceden asimismo á todas las habitaciones, y son el único sitio por donde pueden pasear aquellas desgraciadas cautivas.

»El exterior de estos aposentos está labrado con buen gusto; en su interior, cubierto de damasco, hay en las cuatro esquinas cuatro otomanas, que en rigor solo sirven de adorno, puesto que las mujeres acostumbran acostarse ó sentarse en unos almohadones colocados sobre soberbias alfombras turcas. Las pinturas y relieves de los techos, los espejos, los relojes, los colchones cubiertos de seda y embutidos en una especie de nichos abiertos en las paredes, y por último, las colgaduras de raso sostenidas por anchas fajas de terciopelo negro bordadas de oro, completan el mueblaje y la decoración de estos aposentos.

»El gobierno del harem estaba confiado á la primera sultana; sin embargo, su autoridad no se extendía á cada mujer. Su título le daba el derecho de ocupar la habitación mas agradable. Alla-Batoom, á quien pertenecía dicho título, y Alla-Douyaw, la sultana favorita, eran las únicas cuya habitación tenía antesala. Alla-Zara y las demás concubinas solo tenían una habitación.

»Las sultanas y las concubinas solo tenían para su subsistencia los regalos y la pensión que les daba el emperador, todo lo cual bastaba apenas para su manutención. Es verdad que las sultanas, para vivir con mas holgura, vendían su influencia á los moros y á los europeos, cuyos ricos presentes aceptaban, para que sus pretensiones en la corte imperial tuviesen un éxito favorable. Esto las movía á hacer con la mayor espontaneidad este tráfico de influencia, puesto que economizaban en su totalidad los productos que les reportaba.

Las esclavas del harem eran pagadas por las mujeres á quienes respectivamente servían, y ninguna cuenta tenían que dar de su salario, y á semejanza de las sultanas y concubinas, solo salían del harem cuando el emperador las trasladaba de uno á otro de sus palacios, lo cual se verificaba siempre con las mas esquisitas precauciones para que nadie las viese el rostro.

El harem de Sidi-Mohamed se componía de ciento sesenta mujeres, sin hablar de las que había repudiado, y del gran número de esclavas destinadas al servicio de las demás.

Las concubinas eran, por lo regular, negras ó esclavas europeas; algunas, sin embargo, eran moras consagradas por sus padres á los placeres del soberano.

Al salir una tarde de la habitación de Alla-Zara, el doctor vió una procesion de mujeres que marchaban en dos hileras, cantando himnos religiosos; su número escedia de ciento. Las mas jóvenes iban á la cabeza, y procediendo por orden de edades, las mas viejas cerraban la marcha. Todas llevaban en la cabeza una tablita con una inscripción en que se daba á conocer el objeto de la procesion, el cual no era otro que el de obtener del cielo la lluvia. Esta procesion se repitió hasta que al fin llovió, lo cual no dejó de atribuirse á las peticiones de aquellas mujeres.

Casi nunca iba el emperador á visitar sus mujeres al harem, sino que enviaba á buscar por un eunuco á la que se le antojaba preferir, la cual no perdonaba medio de ostentar sus verdaderos ó pretendidos encantos. Como en aquellos países, la suprema belleza consiste en una gran gordura, las mujeres emplean todos los medios posibles para engordar, á cuyo efecto usan ciertas drogas y píldoras, y mezclan en sus comidas semillas pulverizadas de *ellboubá*; por lo demás, su vida sedentaria contribuye no poco al desarrollo de la obesidad.

A imitación de las judías, las moras usan camisas de mangas muy anchas, que dejan descubierto el pecho; encima de un corsé de seda, un caftán, del mismo género ó de algodón, tejido algunas veces de oro, les baja hasta el suelo. Rodéales el talle un ceñidor de imbabura, cuyas estremidades forman un nudo á uno de los lados, y dos largas cintas cosidas de este ceñidor, pasan por debajo los brazos, se cruzan sobre el pecho y se sujetan sobre los hombros.

(Se concluirá en el próximo número.)

DIRECTOR, D. J. GASPÁR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPÁR Y ROIG.
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.